

¿Qué comeremos?

Al cambiar la estación su puerta de entrada desde la calle de su nombre al paseo, se trasladaron a éste las tabernas y los puestecillos de baratijas al menudeo, como ahora pasa con los establecimientos de las entradas de los pueblos que se salen a las carreteras atraídos por la circulación, pero siempre queda algo y en la calle de la estación quedó la posada de la Gabina de Borrego y Julián el Civil, su marido, gran casa de alojamientos amplios para los trajinantes y albergues cómodos para las bestias, con ayuda eficaz y permanente de los posaderos en los tratos y en la preparación de las transacciones.

Los gorrineros eran los más estables, que vivían como en su casa, alternando con los muleteros y los pañeros que encontraban allí cordialidad de trato familiar, con ayudas múltiples y cobijo seguro para las mercancías. En una habitación pequeña con puerta a la calle, pegando a la primera casa del Rus, despachaba la carne Eusebio el Porrero padre de Camilo.

Los tratantes son madrugadores por necesidad, no pueden descuidarse con los animales y después de darles una vuelta y echarles de comer, van a la plaza siempre.

Muchas mañanas le preguntaban a la posadera.

—¿Que vamos a comer hoy?

Y esta les contestaba:

—Lo que traigais

Y en efecto, siempre subían la parte fundamental de la comida, dejando su preparación a cargo de la posadera, que tampoco atascaba fácilmente.

Daba gusto ver aquella casa funcionando tan abundante y apaciblemente y aquellos corrales tan barridos con numerosas cuadras llenas de ganado y el posadero al tanto de todo como si fuera suyo, velando por la clientela y por la buena marcha de sus negocios, todo con una criada, la Morena, renegrada, bajita y delgada que era una pimienta, y un mozo, Serafín, patizambo y fuertón, villafranquero, al que he seguido hasta morir hace poco.

La Gabina, prima hermana de mi padre, era una mujer de mucho desparpajo y de una lógica contundente, que recuerdo ahora ante las oscilaciones que puede tener la despensa, porque es una gran verdad que comeremos lo que traigamos y que saldremos o no a flote de una manera o de otra, según nuestra disposición. O sea, que lo que no se traiga y se produzca, no lo habrá y aún habiéndolo, el poder comer apaciblemente dependerá de nuestro deseo de seguir adelante a pesar de cuantos obstáculos se opongan a nuestra marcha.